

X Certamen Cartas de Amor Villa de Mijas (2005)

Primer Premio: "Eternamente Vuestra" de Ignacio López Soriano

Eternamente Vuestra

Mi querido señor don Quijote:

A vuestra merced, con su nombre de loco, dirijo estas letras, pues no menor locura debo tener yo cuando, sabiéndolo muerto desde hace trescientos noventa años, ante mis ojos aparece vivo, brioso, cabalgando en el horizonte eterno del infinito paisaje del alma humana.

Nadie puede ponerle puertas al campo y, aunque el ilustre manco se empeñara en acabar con los días de su existencia tornándolo cuerdo y haciéndole beber el triste veneno de la melancolía, fue don Alonso Quijano quien murió, fue a aquel taciturno hidalgo al que se le rompieron los hilos de la vida entre los lamentos de quienes, habiendo sufrido sus desvaríos, lloraban amargamente por no poder verlo cometer otros nuevos. Que sequen sus lágrimas, que las sonrisas se dibujen en sus labios: murió el noble manchego, pero el universal caballero andante, el "*desfacedor*" de mil entuertos, sigue vivo... ¡Bien me lo dice el corazón!

Descortesía será, señor, avanzar en este escrito, que más que carta es confesión, sin desvelar mi identidad antes de desgranar mis sentimientos.

Soy mujer que ya no cumplirá los sesenta. La memoria me dicta que mis facciones no fueron agraciadas en exceso y que la necesidad me obligó a tener brazos fuertes y recia la piel; una piel de la que se fueron escapando los sueños dejando, en su despedida, surcos de nostalgia por lo que pudo haber sido y nunca fue. No hubo hombre que se atreviera a barruntar siquiera la ternura que podía encerrar aquel vigoroso cuerpo, no existió varón que pudiera intuir un ápice de la belleza que se escondía tras la apariencia de unos rasgos físicos descuidados por la mano del creador. Usted, que de refranes es maestro, bien sabrá comprender que "*Unos nacen con estrellas...*" y, a los que nos toco sufrir la segunda parte del aforismo, de poco nos sirvió rebelarnos.

Hace escasos años, mis últimos seres queridos, como vencejos o golondrinas, volaron hacia cálidos paraísos dejando vacío el cielo de mi otoño. Me negué a llenar las horas de mis días sentada frente a una pantalla de colorines que se inunda de chismes, trifulcas, bulos y zarandajas del peor calibre que dejan en canto de ángel las banalidades de aquellos libros de caballerías que, según cuentan, le hicieron perder el juicio. Mientras aquellos legendarios héroes incitaban a cabalgar sobre hermosos rocines buscando

aventuras que dieran luz a un amor imperecedero con las armas de la entrega y la lealtad, los modernos paladines inducen a galopar a lomos del infame jamelgo de la fama efímera rastreando devaneos que alumbren puñados de dinero fácil sobre relaciones de quita y pon con los afilados cuchillos de la mentira y el escarnio. Sea para otro perro ese hueso.

La suerte puso frente a mí lo que la desgracia me negó en la infancia: una escuela. Con la ilusión de un niño que estrena zapatos nuevos, fui dibujando las primeras letras, los números más sencillos. Más pronto que tarde, fueron trabándose las palabras que llenaban de significado aquellos garabatos que, hasta entonces, había sido incapaz de entender. Y como si aquella joven maestra hubiera dejado en mis manos el mapa perdido de un antiguo pirata, paso a paso, descubrí mi gran tesoro: la lectura.

Desde entonces, me he dejado acunar al arrullo de un poema, se me ha helado la sangre en un párrafo de terror, he viajado en hojas de fantasía, en mi corazón florecieron aletargados sentimientos... ¡He vuelto a vivir!

Temía, señor don Quijote, adentrarme en su historia... ¡son tantas páginas! Pero, la celebración especial del cuarto centenario borró mis temores y me sumergí en este maravilloso relato en el que me he quedado a vivir para siempre.

Tal vez, del mucho leer, yo también he venido a perder el juicio y a dar en el más extraño pensamiento que diera loca en el mundo: me hice Dulcinea.

No os escandalicéis, mi señor. Si bien no es Aldonza mi nombre, como ella fui muchacha analfabeta de escasa hermosura, de piel curtida, de músculos calientes por el trabajo y de corazón helado por la ausencia de pasiones. Sin embargo, vuestros ojos si supieron derribar las barreras físicas y encontraron la belleza, el encanto y la delicadeza que tras ellas se ocultaban.

No pudo la hija de Lorenzo Corchuelo leer la carta que Sancho nunca le entrego, nunca conoció vuestros sentimientos, nunca os pudo escribir... pero esta nueva Dulcinea, al fin, ha podido leer esas palabras y cada una de ellas ha caído en su corazón como ascuas que fundían nieves perpetuas, ha endulzado sus labios con la miel de los sueños y quiere gritar a los cuatro vientos que también os ama; que os ama porque sabe que ningún cuerdo luchara contra la injusticia como don Quijote la combatió loco, que nadie en su sano juicio se entregará a los demás con la generosidad que el lo hizo perdido el suyo... que nadie amara con la inalcanzable pasión que el amo.

Por eso hoy, mi señor, os pido que volváis a ensillar a Rocinante, que toméis el camino de este Toboso de ensueño y, rescatándome del dragón de la soledad, vivamos, al fin juntos, nuestra mas bella aventura. Hacedlo pronto, os estoy esperando con el fruto de todo el amor que un día supisteis sembrar desde las páginas de un libro.

Eternamente vuestra,
Dulcinea